

PATRICK TOUMBA HAMAN y JOSÉ MANUEL PEDROSA  
El pacto con el monstruo tonto y la ruptura de la unidad familiar: cuentos de los guidar del  
norte de Camerún  
*Oráfrica, revista de oralidad africana*, nº 5, abril de 2009, p. 211-234. ISSN: 1699-1788  
Entregado: 18/12/2008. Aceptado: 23/03/2009

---

## **EL PACTO CON EL MONSTRUO TONTO Y LA RUPTURA DE LA UNIDAD FAMILIAR: CUENTOS DE LOS GUIDAR DEL NORTE DE CAMERÚN**

---

**PATRICK TOUMBA HAMAN**  
MINISTERIO DE ENSEÑANZA SECUNDARIA, YAUNDÉ  
toubahamanpat@yahoo.fr  
**JOSÉ MANUEL PEDROSA**  
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ  
jmpedrosa2000@yahoo.es

Entre los guidar del norte de Camerún, la tradición de narrar cuentos por la noche sigue arraigada en los usos sociales comunes, aunque cada vez más en decadencia, porque la cultura globalizada (la que imponen la radio, la televisión, la cultura de masas, etc.) que cada vez penetra más agresivamente hasta en los rincones más remotos del planeta, va ensanchándose a costa, siempre, de las tradiciones locales y autóctonas.

Pero no es raro, todavía hoy, en los pueblos de los guidar, que se junte un buen número de personas (adultos y sobre todo niños) para escuchar, por la noche, en el patio de alguna casa, a alguien que tenga fama de narrador experto y carismático. Se llenan entonces los oídos y las memorias de relatos sobre animales, sobre monstruos, sobre prodigios, sobre brujas y espíritus, que vienen de los recuerdos y del imaginario ancestrales.

Los narradores de estos cuentos son en muchas ocasiones personas mayores. Pero también hay jóvenes que tienen fama de expertos artistas de la voz, y que atraen a un público muy interesado en sus relatos. Aunque es cierto que la mayoría de los jóvenes tienen otras preocupaciones (como, por ejemplo, ver algún partido de fútbol o alguna película de Hollywood, para lo cual no les importa recorrer muchos kilómetros hasta situarse ante un aparato de televisión), la verdad es que algunos siguen interesándose por su cultura tradicional, e intentando que la cadena de la transmisión oral de su memoria no quede interrumpida.

En cualquier caso, los tres cuentos que ahora editamos fueron registrados en la noche del 5 de febrero de 2009, en entrevista que grabó Patrick Toumba Haman, al señor Zourmba Délégué, un hombre de casi

sesenta años que es uno de los mejores conocedores de la cultura guidar del pueblo de Kong-Kong. Como se puede apreciar por una de las fotografías que ofrecemos al final del artículo, la entrevista se realizó *in situ*, mientras el narrador contaba sus relatos a un público muy atento de adultos y de niños, en el patio de una casa.

Este artículo es, de algún modo, la continuación de otro que, con el título de “Una colección de cuentos tradicionales de los guidar del norte de Camerún”, publicamos en *Culturas Populares. Revista Electrónica* 6 (enero-junio 2008).<sup>1</sup>

No es nuestra intención elaborar, en este prólogo, un estudio profundo y detallado de los tres cuentos que en esta ocasión editamos, pero sí queremos hacer algunas observaciones y comparaciones previas que pueden contribuir a su mejor entendimiento.

Hay que decir, en primer lugar, que estos tres cuentos pertenecen al repertorio de lo que las clasificaciones internacionales de relatos folclóricos llaman *Cuentos del ogro tonto*, que concuerdan con los números 1000 a 1199 del catálogo universal de cuentos de Aarne-Thompson-Uther<sup>2</sup>.

Los tres relatos se inician de un modo parecido: un humano se adentra en un escenario salvaje, extramuros de la civilización, para hacer alguna actividad del tipo de recoger y cargar haces de hierba (cuentos 1 y 2) o cargar agua para llevarla a casa (cuento 3). En el cuento 1 (*La madre que vendió a su hijo a un espíritu*) del artículo nuestro anterior que acabamos de citar, se trataba también de cargar agua.

En todos los casos, los humanos se muestran incapaces de sobrellevar ellos solos la pesada carga, y pactan con algún monstruo o criatura sobrenatural que en aquel justo momento se les aparece la entrega, en pago por el favor, de algún miembro de la familia; o bien se comprometen a guardar silencio en torno al favor recibido y, cuando transgreden el tabú, son obligados a entregar al monstruo a uno o a varios miembros de su familia.

El pacto con el monstruo conduce, pues, a la ruptura de los lazos familiares, ya que la entrega sacrificial de un hijo deshace las relaciones

---

<sup>1</sup> <http://www.culturaspopulares.org/textos6/articulos/toumba.pdf>

<sup>2</sup> Hans-Jörg Uther, *The types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson* (Helsinki: Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004).

de solidaridad entre algunos de sus miembros. Pero, al mismo tiempo, hace también aflorar e incluso refuerza otras relaciones de solidaridad con los miembros de la familia (la madre, la madrastra, alguna hermana) que no habían suscrito el infame pacto, o con algún otro ser auxiliar, que puede ser algún animal ayudante, por ejemplo.

El caso es que, al cabo de un período de crisis familiar brutal motivada por ese pacto horrendo, el monstruo que reclamaba para sí víctimas humanas es vencido (ya que se trata, detalle crucial, de un monstruo tonto), se hace justicia (castigando y eliminando a la madre o al padre insolidarios) y se recupera e incluso queda reforzada la armonía familiar.

No es difícil captar, en el mensaje profundo de estos cuentos, una advertencia al conjunto de la comunidad que los transmite para que ninguno de sus miembros se incline hacia las fuerzas del mal, para que jamás sean sacrificados los lazos de la solidaridad familiar a cambio de cualquier tipo de vano y transitorio bienestar material, y para que, si una catástrofe de ese tipo llegase a trastornar la vida de la familia, el mayor número posible de parientes se alíen para atenuar, contrarrestar o expulsar las amenazas exteriores (el monstruo salvaje) e interiores (el familiar insolidario).

Dicho esto, se puede añadir que nuestros cuentos están llenos de motivos y de tópicos más particulares que se documentan en tradiciones orales de todas partes.

El motivo del pacto del humano con el ser salvaje, a cambio de ayuda para portar agua, por ejemplo, es clave en muchas leyendas de construcción de todo el mundo. En España se asocia al Puente de Segovia, en Madrid, o al acueducto romano de Segovia. Y a muchas otras edificaciones, como revela esta leyenda catalana:

La casa de la Cabreta está situada al pie del antiguo camino real de Campdevàno, en Ribes, y delante hicieron un hospital. La criada tenía que ir a buscar el agua para beber a la fuente que estaba al otro lado del río, pero muchas veces se encontraba con que, por bajar el río crecido, tenía que pasar el agua con dificultades, o con que de ningún modo podía llegar a la fuente.

He aquí que un día en que el río bajaba muy crecido y no se podía pasar, exclamó desesperada:

—¡Ojalá se hiciese un puente aquí, aunque me tuviera que entregar al demonio!

Al momento sintió una voz profunda, que salió de dentro del río, y que decía:

—Mañana, *antes de que el gallo cante*, tendrás hecho el puente.

Totalmente aterrorizada, la muchacha echó a correr y fue a explicárselo todo a sus amos, quienes le aconsejaron que, por la noche, mojase al gallo, para que, cuando durmiese, el agua le despertase y cantase. Así lo hizo.

Un poco después de la media noche cogió el cántaro, se fue al gallinero y *mojó al gallo, que se puso a cantar al momento*.

Y tan a punto lo hizo, que ya el diablo estaba poniendo la última piedra al puente, pero no pudo llevarse a la criada, *porque el gallo cantó antes de estar terminado*. De este modo quedó burlado el diablo, y la muchacha se salvó<sup>3</sup>.

El cuento número 1 (*El monstruo insaciable, el marido tonto y la esposa lista*) del repertorio que publicamos ahora presenta similitudes muy llamativas en relación con otros cuentos que han sido documentados en otros lugares de África. El enfrentamiento de una familia entera con un monstruo, la estupidez del marido, que al no respetar los tabúes y prohibiciones de los que es advertido, compromete la seguridad de todos, y la inteligencia y la astucia de la mujer, que es capaz de salvar a toda la familia, excepto al marido reincidente en sus temerarias transgresiones, conoce, en efecto, muchas otras realizaciones.

Comprobémoslo a partir de este hermosísimo relato de los hutus de Ruanda:

#### LA MUJER SABIA Y EL HOMBRE IMPRUDENTE

Había una vez un hombre que se llamaba Selwugugu. Su mujer tenía siempre suerte. Durante un tiempo, hubo hambre. No se podía encontrar qué comer. Un día, la mujer se fue al bosque. Vio una planta muy verde. Era un calabacín. La mujer cogió muchos calabacines y los llevó a casa. Comieron a sus anchas, a pesar de que los otros se morían de hambre. Ella iba siempre a coger calabacines, y los conservaba en el granero.

Un día, Selwugugu le preguntó a su mujer dónde estaba esta planta. Su mujer fue a enseñársela. Él dijo:

—Debo escardar esta planta para que nos dé una buena cosecha.

La mujer dijo:

—Hemos visto la planta aquí, tú no la has plantado, no conoces a su propietario. Hay que dejarla.

---

<sup>3</sup> Traducción de Gonçal Cutrina i Sorinas, *Llegendes i tradicions de les Valls del Ter i del Freser* (Ripoll: Maideu, 1981) pp. 160-161.

Selwugugu no escuchó los consejos de su mujer, la escardó y cortó uno de sus racimos. La planta se secó. Comieron los calabacines conservados, y después les faltó qué comer. La mujer dijo a Selwugugu que ella se tenía que ir. Dejó a su marido, y se dirigió al bosque. Vio una gruta, entró y descubrió un agujero donde brotaban judías y granos de sorgo.

Por la tarde, Selwugugu fue al encuentro de su mujer. Vio una gruta y entró. Encontró a su mujer. Su compañera le dio pasta y judías. Él le preguntó:

—¿Dónde encuentras el sorgo y las judías? La mujer le enseñó el agujero donde brotaban las judías y el sorgo. Al día siguiente, Selwugugu construyó los graneros. Los llenó de judías y de sorgo. Un día, le dijo a su mujer:

—Voy a cavar un gran agujero para que las judías broten en cantidad.

Su mujer se lo quiso impedir. Él no la hizo caso. Cogió una lanza caliente, y la metió en el hoyo. No brotaron más judías. Incluso las que estaban en el hoyo se quemaron.

La mujer le dijo:

—Estoy harta de tu imprudencia, te tengo que dejar.

Comieron todo lo que estaba guardado y después les faltó el alimento. La mujer dijo enfadada:

—No sé cómo hacer. Voy a sacar agua, vamos a beberla y a esperar la muerte.

Mientras se dirigía hacia el agua, ella decidió no volver. Continuó el camino por el bosque. Vio una hermosa vaca con su ternero. Su leche corría por el suelo. Puso su cántaro y lo llenó. Ella apagó su sed y se quedó en el bosque con la vaca. Por la tarde, Selwugugu se dijo:

—¿Dónde está mi mujer?

Fue en su busca. Vio a su mujer muy cerca de la vaca. Se acercó y la saludó. Ella le ofreció el cántaro de leche. Bebió y se sació. Engordaron y vivieron felices. Un día, un pájaro llegó muy cerca y dijo:

—Selwugugu, debes matar tu vaca y tendrás cien vacas.

El hombre le dijo a su mujer lo que se proponía hacer. La mujer se opuso y dijo:

—Esta vaca no es tuya. Tú la has visto aquí. No conoces a su dueño. No puedes matarla. Vivimos gracias a su leche. He sufrido demasiado por tu culpa.

Él ignoró todos sus consejos. Mató a la vaca. Comieron la carne y después no encontraron nada. La mujer se puso triste y decidió volver a abandonar a su marido. Se dirigió al bosque lejano. Vio una casa muy bonita que no tenía dueño. Vio esqueletos de hombres por todas partes. Tuvo miedo, pero se quedó. Durante la noche, oyó un animal. Entonces, se fue al tejado de la casa. El animal miró a todos lados y dijo:

—Aquí siento el olor de los hombres.

Por la mañana, Selwugugu fue en busca de su mujer. Anduvo días y días. Vio una casa muy bonita. Tuvo ganas de ir y de mirar. Encontró a su mujer. Ella le regañó.

—¿Qué vienes a hacer aquí, medio loco? ¡Vienes a hacer fracasar todo lo que hago! ¡Vete! ¡No te quiero, imbécil!

La mujer preparó la comida y le dio de comer. Ella le dijo:

—Esta casa es de un monstruo. Todos los esqueletos son de los cadáveres que él ha comido. Vuelve siempre diciendo que quiere a alguien que pueda ayudarle a poner el cadáver en el suelo. Te ruego que te calles.

Se acostaron en el tejado de la casa. El monstruo llegó y dijo:

—Ven a ayudarme a poner en el suelo mi comida.

Nadie contestó. El tercer día, el gran animal llegó y dijo:

—¡Ven! ¡Ven a ayudarme!

Selwugugu dijo a su mujer:

—Voy a ayudarle.

La mujer quiso impedirselo, pero él rehusó. Bajó y fue a ayudar. Mató a Selwugugu y se lo comió. Estaba demasiado lleno, y se durmió profundamente. La mujer bajó, cogió un hacha y mató al monstruo.

Muy temprano por la mañana, la mujer cogió el tambor y lo tocó. Todas las personas que se habían ido del país a causa del hambre volvieron. El rey también volvió. Se casó con esta mujer. Fue reina. Vivieron felices disfrutando de una riqueza inmensa<sup>4</sup>.

Otro relato digno de comentario es el número 3 (*El monstruo raptor y la muchacha ingeniosa*) del repertorio que ahora publicamos. Está protagonizado por una muchacha que es ofrecida por su madre a un monstruo que la mantiene secuestrada en su reino subacuático, hasta que un

---

<sup>4</sup> Mito registrado por Luis Estepa a un niño de la región de Byumba, en agosto de 1994, y publicado en Luis Estepa y José Manuel Pedrosa, *Mitos y cuentos del exilio de Ruanda* (Oartzun: Sendoa, 2001) núm. 1.

día el hermano de ella logra rescatarla de allí. El monstruo, despojado y despechado, se dirige entonces al hogar de la muchacha, con la intención de recuperarla, pero es vencido y muerto por el conjunto de la familia, de la que ya se halla excluida la madre malhechora, claro.

Un relato de estructura argumental similar, aunque también con obvias variantes y discrepancias, ha sido registrado entre los mérida de Madagascar:

Érase una vez una joven llamada Saroy, que tenía fama de ser muy orgullosa. Cuentan que, cada vez que venía alguien para solicitar su mano, la joven le invitaba a jugar al *fanorana* con ella. Y siempre salía ella vencedora, y decía al pretendiente después del partido:

—No me casaré contigo porque no eres nada inteligente. Tienes la cabeza hueca.

Así que siempre el pretendiente regresaba a su pueblo con las manos vacías. Los padres de la muchacha se esforzaban en disuadirla para que se comportara como el resto de las jóvenes de su edad, pero todo era en vano. Un día, Saroy experimentó la sorpresa más desagradable de su vida, porque un desconocido puso fin a esta situación.

El hombre le dijo:

—Prepárate para seguirme, Saroy, porque serás mi esposa.

Hicieron los preparativos, y el hermano menor de Saroy dijo:

—Quiero acompañarte, hermana. No quiero dejarte sola.

—No hace falta que lo hagas, hermano, yo estaré muy bien. De todos modos, es mi destino.

—Puedes venir con nosotros, muchacho —dijo el hombre.

Así que los tres dejaron el pueblo, y se fueron. Después de algunas horas, empezó a oscurecer, pero todavía siguieron caminando. Al poco rato, el hombre se quitó la chaqueta, y el chico preguntó a su hermana:

—¿Dónde está la chaqueta de tu marido?

—Cállate, la llevaba desde esta mañana.

Siguieron caminando, pero más adelante el hombre se quitó el sombrero. El chico dijo:

—Hermana, ¿dónde está el sombrero de tu marido?

—Cállate, por favor, y deja de hacer preguntas estúpidas. Siguieron caminando, pero otra vez más el hombre se quitó el *lamba*<sup>5</sup> que cubría la parte inferior de su cuerpo. El chico no pudo contener su sorpresa, y dijo:

—Tu marido es raro. Fíjate cómo se comporta.

—Cállate. ¿No puedes dejar de criticar al hombre que será mi esposo?

Llegaron cerca de un lago, y el hombre se sumergió en el agua. Se quedó allí unos minutos. Cuando salió, se transformó en centauro. Los dos hermanos quedaron paralizados y horrorizados, pero ya era demasiado tarde para escapar.

—Ya te lo había dicho, tu marido no es un ser humano —lloriqueó el chico.

—¡Vamos! —dijo el centauro con una voz ahuecada—. Y dejad de temblar. ¿Buscabas a un hombre que te superara, Saroy? ¡Pues aquí lo tienes! ¡Ja, ja, ja, ja!

Los dos hermanos caminaron con miedo. Siguieron caminando y caminando. Por fin, llegaron cerca de una tumba, y el centauro les dijo:

—Hemos llegado, aquí está mi casa.

Los dos entraron sin decir ninguna palabra, temblorosos y nerviosísimos.

—Quedaos aquí hasta que vuelva, porque voy a buscar comida para todos nosotros.

Se fue a la selva, y después de algún tiempo, volvió con ratas, erizos, otros animales, y miel. Saroy y su hermano contemplaron aquellos alimentos con disgusto, y el chico dijo:

—Nosotros comemos la miel y nada más.

—Está bien. Pero tenéis que comer bien, ¿de acuerdo?

Los dos hermanos se pusieron a pensar en la manera de poder escapar de aquel lugar, mientras el centauro hablaba para sí mismo: "Voy a engordarlos, y después me los comeré".

El tiempo pasó. Un día, el centauro salió como de costumbre para cazar, y los dos jóvenes aprovecharon para huir. Echaron a correr como locos a través de la selva. Después de unas horas, el centauro llegó, vio la casa vacía, se puso furioso, y salió precipitado en su persecución. Pero los fugitivos ya estaban lejos.

---

<sup>5</sup> Atuendo tradicional malgache que consiste en un pedazo de tela que las mujeres llevan sobre los hombros a modo de echarpe, y con el que los hombres cubren todo su cuerpo hasta las rodillas.

Al llegar cerca del lago por donde pasaron la primera vez, el centauro se sumergió en el agua y volvió a cobrar forma humana. Se puso la chaqueta, el sombrero y el *lamba*, y se dirigió hacia el pueblo de Saroy. Mientras tanto, los dos hermanos ya habían llegado, y toda la familia estaba al tanto de lo que había pasado en la selva, de la tumba que les sirvió de vivienda, de la comida, y del miedo que pasaron allí.

Algunos minutos más tarde, el "hombre" llegó al pueblo, y se dirigió a casa de sus "suegros". Todos fingieron no estar al tanto de lo sucedido, y lo recibieron con fingida alegría. Se intercambiaron las saluciones usuales, y la madre de Saroy le preguntó:

—¿Tienes sed?

—Sí, madre, tengo sed.

—Toma, aquí tienes una taza de agua.

En realidad, no se trataba de agua, sino de aguardiente. Al "hombre" —que, en realidad, era un centauro—, le estaba formalmente prohibido el alcohol, y por eso le dieron de beber aguardiente. En cuanto lo bebió, quedó paralizado.

—Me siento mal —se lamentó—. ¿Qué me está pasando? Me mareo.

Nadie dijo nada. Todos lo miraron fijamente.

—¡Me mareo, me mareo! ¡Me siento mal! ¡Mi cabeza, mi cabeza! ¡Mi corazón va a estallar!

Todos lo miraron sin hacer nada por ayudarle. Finalmente, el "hombre" perdió el conocimiento y murió. Y Saroy se libró del marido que resultó ser un centauro<sup>6</sup>.

Muchos y muy densos comentarios, y muchos y muy reveladores paralelos podríamos seguir trayendo a colación para demostrar que los cuentos registrados entre los *guidar* de Camerún son un patrimonio singularmente local pero, al mismo tiempo, estrechamente asociado a un tronco pluricultural de relatos comunes, flotantes, migratorios, cuyas versiones es posible encontrar en tiempos y en geografías insospechadamente distantes.

Las limitaciones de espacio nos obligan, por desgracia, a concluir aquí nuestros comentarios, y a dar paso, directamente, a la voz de *Zourmba*

---

<sup>6</sup> Mito recogido a Rabemanantsoa, de 70 años, de la etnia *merina*, de Antananarivo, y editada en Harinirinjahana Rabarijaona, *Narrativas orales malgache e hispánica: convergencias, divergencias y estudio comparativo*, tesis doctoral (Alcalá de Henares: Universidad, 2000) núm. 133.

Délégué, el extraordinario narrador de este impresionante ramillete de cuentos:

## **1. EL MONSTRUO INSACIABLE, EL MARIDO TONTO Y LA ESPOSA LISTA**

Érase una vez un hombre que marchó a la selva a buscar hierba. Tras hallar una buena cantidad, intentó colocarse el haz sobre su cabeza, pero pesaba tanto que le fue imposible. Así que echó un vistazo a su alrededor para ver si aparecía alguien que le pudiera ayudar.

Divisó entonces a una criatura enorme y extraordinaria: tenía un solo pie, una sola mano, una sola oreja, una sola nariz, un solo ojo, media cabeza y un solo cabello. Le dirigió la palabra al monstruo aquel, en los términos siguientes:

—Por favor, ayúdame a colocar este haz de hierba sobre mi cabeza.

—De acuerdo, lo haré, pero con la condición de que no digas a nadie de tu casa que te has encontrado con un monstruo tan raro como yo —contestó él.

—¡Te lo prometo! ¡Nadie será informado de nada!

Entonces le dio su ayuda aquella criatura, pero se metió después dentro del haz de hierba que estaba ya colocada sobre la cabeza del hombre, sin que él se diera cuenta.

Regresó el hombre a su casa y, tan pronto llegó, tiró al suelo el bulto que traía y se metió en su habitación. Se tendió enseguida sobre su cama y se cubrió con una sábana. Cuando su mujer lo vio, se dirigió a él diciendo:

—Esposo mío, ¿qué es lo que te pasa?

—Mujer, no puedo contarte qué es lo que me ha ocurrido.

—Dime, esposo, qué es lo que te ha ocurrido.

—Te digo que no puedo hacerlo —repuso el hombre.

—Sí que puedes. ¿Cómo va a ser posible que no me puedas contar a mí lo que te ha pasado en la selva?

Tal fue la insistencia, que el hombre se puso por fin a contar todo lo que le había acaecido.

Cayó la noche, y la familia se echó a dormir. Pero la noche se alargó tanto que no amanecía. Y, cuando lo advirtió, el hombre pidió a sus hijos que salieran al exterior a enterarse de qué era lo que pasaba. Se dirigió en primer lugar al primogénito:

—Sal a ver qué es lo que pasa.

—Padre: el lugar en el que nos encontramos ya no es nuestra casa.

—¡Pero bueno! ¡Si esta no es nuestra casa, dime de quién es esta casa!  
—repuso el padre, que enseguida se dirigió al otro hijo diciendo:

—Bouba<sup>7</sup>, sal y ve a ver qué es lo que pasa.

Igual que en el caso anterior, el muchacho regresó diciéndole a su padre que no se hallaban en su casa habitual. Cuando escuchó aquello, intervino su mujer, diciendo:

—¿Por qué no sales tú mismo afuera y averiguas qué es lo que pasa? ¿Es que no te das cuenta de que es el monstruo que te encontraste ayer el que ha venido y el que se halla detrás de todo lo que nos sucede?

De modo que el hombre salió al exterior. Tan pronto como lo descubrió aquella criatura, le preguntó:

—¿No me habías prometido tú ayer que no ibas a contar a nadie nada de lo que habías visto en la selva? Pues, como lo has hecho, toma el cuchillo, que vamos a irnos ahora mismo a la selva a cortar más hierba.

A la mujer le encomendó que, a su regreso, tuviese bien cocinado a uno de sus hijos.

Se adentraron en la selva. Entonces la mujer hizo un agujero en el suelo de una dependencia de la casa, y escondió allí a uno de sus hijos. A continuación se fue a la selva, desenterró las raíces del *pipit*<sup>8</sup>, regresó a la casa y cocinó las raíces para que se las comiera el extraño monstruo.

Cuando regresaron de la selva, le ofreció aquella comida al visitante, tal y como este había exigido. Se lo comió todo el monstruo, pensando que se trataba de la carne del hijo. Y a continuación se bebió una jarra entera de agua. Después rompió un poste del almacén para limpiarse los dientes.

---

<sup>7</sup> *Bouba*, “segundo hijo”. Según una tradición que sigue viva todavía hoy, los guindar llaman a sus hijos según el sexo y el orden de nacimiento en la familia.

<sup>8</sup> *Pipit*, palabra guindar que se identifica con la *comiphora*, árbol de la familia de los *burseraceae*.

Al día siguiente la extraña criatura dio la orden de que todo se hiciera igual que se había hecho el día anterior. Marchó a la selva con el esposo y, cuando volvieron a la casa, él devoró la supuesta carne, se bebió una jarra de agua y se limpió los dientes con el poste.

A medida que fueron transcurriendo los días, fueron *muriendo* todos los hijos, e incluso la madre. Se quedaron solos aquel monstruo tan extraño y el desdichado padre. El extraño le dejó encargado lo que sigue:

—Tu carne es aún mejor que la de todos los que he devorado ya. Así que voy a ir a la selva y, a mi regreso, quiero encontrarte cocinado por ti mismo.

Dicho aquello, marchó la criatura a la selva. Sin perder tiempo, el esposo puso a hervir una gran cantidad de agua, con el fin de cocinarse a sí mismo. Cuando sintió que el agua estaba hirviendo, se puso a echársela por encima del cuerpo, pero se dio cuenta de que estaba demasiado caliente. Así que empezó a quejarse en estos términos:

—¡Madre mía! ¿Cómo pudo cocinarse mi esposa con este agua tan caliente?

Cuando escuchó tales palabras, salió la mujer de su escondrijo, y a toda prisa dio estas indicaciones a su esposo:

—Mira, vete a todo correr a la selva. Desentierra las raíces del *comiphora* y tráemelas.

Así lo hizo el hombre y, a su regreso a la casa, las cocinó la mujer y las dejó donde tenía por costumbre. Luego dijo al hombre:

—Vente para acá, métete en esta cueva con nosotros.

Al cabo de un rato estaba el extraño monstruo ya de vuelta. Halló la carne cocinada. Se sentó, se la comió, se bebió la jarra de agua y se limpió los dientes. Hizo luego un gesto de satisfacción y de alegría, dando palmas con sus manos, y profirió, dirigiéndose al ya comido esposo:

—¡La culpa ha sido tuya! Yo te pedí que no dijeras nada a nadie después de nuestro encuentro en la selva, pero no quisiste cumplir tu promesa. ¡Se lo contaste a tu mujer, y por eso os he comido a todos!

Tras pronunciar tales palabras, volvió a demostrar su regocijo palmoteando con las manos. Entonces el hombre se echó a reír desde su escondite, para mofarse de la criatura. Cuando lo escuchó, el extraño ser exclamó:

—¡Anda, pero si todavía queda otro más!

Volvió a dar palmas con sus manos, contento de que sobrase aún comida.

Al momento volvieron a escucharse las risotadas del esposo. La extraña criatura, guiado por ellas, se aproximó a la entrada del escondrijo. Arrancó la tapadera que cubría el lugar en el que estaba toda la familia y saltó al interior. Todos echaron a correr a toda prisa.

La mujer, para burlarse del engaño que había hecho al extraño ser, gritaba:

—In, slu zu nek, kengel emperwa, hignaw!

In, slu zu nek, kengel emperwa, hignaw!

—¡Yo, la buena carne, querías comerme: increíble!

¡Yo, la buena carne, querías comerme, increíble!

El esposo seguía riendo mientras corría, y por eso no era capaz de huir tan deprisa como la mujer y los hijos. El monstruo le mordió entonces en el culo, y el esposo cayó, mientras su familia se ponía a salvo.

Y de este modo se acabó la historia.

## **2. EL MONSTRUO TONTO Y LA MADRE MALVADA**

Érase una vez una mujer que marchó a la selva a buscar leña. Pero había tanta leña que, al final, no le fue posible colocar el haz sobre su cabeza. De inmediato se le apareció un ser muy extraño que le ofreció su ayuda para colocar la leña sobre su cabeza, pero a cambio de que le diera algo a cambio.

—Seré tuya si haces eso por mí —le contestó la mujer

—Pero ¿qué es lo que puedo hacer yo contigo, con lo vieja que tú eres?

—Bueno, pues te regalo esta niña que llevo sobre mis espaldas.

—¿Y de qué me iba a servir a mí esa pequeña?

—¿Y si te ofreciera al hijo joven que tengo, a Assibassiba?

—Ah, pues muy bien, él sí me convendría.

Regresaron juntos a la casa. Descargó la mujer la leña sobre el suelo, y la criatura se metió debajo del granero, a la espera de lo que le había sido

prometido. Entretanto, la niña que ella había estado llevando a sus espaldas le dijo a su madre:

—Mamá, ¿ya no queda más comida? Porque quiero llevarle un poco a mi hermano Assibassiba, que está en la selva. Seguro que ya tiene hambre.

Su madre le entregó la comida, y ella marchó a dársela a su hermano. Una vez ante él, le dijo:

—Hermano, cómete esto. Te lo traigo de parte de mamá.

El hermano tomó su comida. Y, cuando ya regresaba la hermana a la casa, se detuvo ella y le dijo:

—Acércate, Assibassiba, que quiero decirte unas palabras.

—¿Qué es lo que tienes tú que contarme que sea tan especial, pequeñaja?

—No la trates con ese menosprecio, hazle caso, que a veces los hermanos pequeños dicen palabras muy apropiadas —le reconvinieron sus amigos.

Algo más convencido, dio unos pasos hasta donde se hallaba su hermana, quien le dijo:

—Hermano, no regreses a casa esta tarde. Hoy vino mamá con una criatura que tiene la intención de comerte. Ayudó a mamá y le puso el haz de leña sobre su cabeza. Y a cambio ella le ofreció entregarte a ti.

Cuando cayó la tarde, montó el niño sobre su vaca y tomó el rumbo hacia su casa. Una vez allí, le dijo la madre:

—¡Hijo mío, baja de la vaca!

—¡No puedo!

—¡Pues te ordeno que te bajes de esa vaca!

—¡Pues no voy a hacerlo, mamá!

Al cabo de un rato se tendió la vaca sobre el suelo. Salió la criatura de su escondrijo y se acercó a la vaca, pero esta le ofreció resistencia, y el monstruo tuvo miedo y regresó a su escondrijo.

Cuando amaneció, la madrastra del niño, la segunda esposa del padre, le dio agua para que se lavase la cara, y también le entregó algo de comida.

Después de comer, tomó el niño la dirección de la selva, montado sobre su vaca. Por el día, cuando el niño y sus compañeros se encontraban

subidos al *bouso*<sup>9</sup>, con el fin de tomar sus frutas, se puso la criatura aquella debajo del árbol y les dijo:

—Niños, ¿me podríais echar alguna fruta, por favor?

Empezaron todos a arrojarle frutas maduras desde la copa del árbol. Pero cuando el niño que le había sido ofrecido le echaba sus frutas, estas se ponían verdes antes de que tocasen el suelo.

—Pero ¿por qué este muchacho me arroja estas frutas verdes? —se preguntó la criatura?

—Pero ¡si no son verdes! Mora cómo están ya de maduras. ¿No lo ves?

—Sí.

Pero tan pronto como las arrojaba al suelo se volvían verdes.

Bajaron entonces todos los niños del árbol, excepto aquel al que pretendía atrapar aquella extraña criatura, quien exclamó al darse cuenta:

—Pero ¿por qué no bajas tú también al suelo, igual que han hecho tus hermanos?

El muchacho se quedó un momento en silencio, antes de preguntarle al monstruo:

—Criatura, dime, ¿es verdad que quieres comerme?

—Sí —contestó ella.

—Pues abre la boca para que caiga yo dentro cuando me arroje desde la cima de este árbol. De ese modo entraré entero dentro de tu boca y mi sangre no quedará desperdiciada por el suelo.

Se mostró de acuerdo la criatura, quien no sabía que el muchacho guardaba una gran piedra dentro de su bolso. Cuando abrió la boca, el muchacho arrojó la piedra con todas sus fuerzas. El extraño ser se quedó sin poder tragarla, pero también sin poder escupirla.

Al cerciorarse de ello, bajó el niño del árbol, montó a lomos de la vaca, y se alejaron los dos. Anduvieron durante largo tiempo, hasta que empezaron ambos a tener sed.

Por fortuna, vieron a un buitre volar hacia ellos, con una jarra de agua colgada del cuello. Así le habló:

---

<sup>9</sup> *Bouso*, árbol, *ficus sp*, especie de higuerón.

—Buitre, si me das ese agua, te ofrezco una vaca a cambio.

—¡Eso seguro que es mentira!

—¡Te aseguro que no es mentira! —prometió.

—Bueno, ¡pues de acuerdo!

El ave le dio el agua, y él se la bebió hasta que quedó saciada su sed. Tomó la vaca consigo el buitre, según habían convenido, y se fue con ella. El muchacho se quedó entonces descansando.

El buitre devoró toda la vaca, regresó adonde estaba el niño y le dijo:

—Cierra los ojos. Y cuando los abras, verás la casa que va a ser tuya.

Cerró los ojos y, al abrirlos, descubrió que aquellas palabras se habían cumplido.

—Ciérralos otra vez. Y al abrirlos verás niños por todas partes.

El muchacho así lo hizo, y todo se cumplió según había sido anunciado.

—Ciérralos otra vez, y al abrirlos serás el dueño de manadas de bueyes.

Se cumplió todo según había sido dicho.

—Ahora te pido que los cierres de nuevo. Y, cuando los abras, habrá una manada de asnos.

Todo se convirtió en realidad de igual modo.

—Ciérralos ahora por última vez, y al abrirlos descubrirás un pozo de agua que hay en este patio.

Todo se desarrolló tal y como había anunciado el ave. Entonces se dirigió el animal al niño:

—Ahora ya está. Todo cuanto ves es tuyo.

Tan pronto pronunció aquellas palabras, desapareció el animal.

No pasó mucho tiempo antes de que los hijos del dueño de aquellas grandes riquezas y de aquella enorme familia marcharan a la selva a pastorear el ganado.

En el entretanto, la madre había echado de su casa a la hermana pequeña, la que había prevenido al hermano contra la criatura que quería devorarlo. Anduvo la pequeña días y noches perdida por la selva.

Las aves arrojaron algunos huevos sobre su cabeza.

Los hijos de su hermano Assibassiba se la encontraron, pero no sabían quién era.

Cuando algún saltamontes daba un brinco delante de ella, exclamaba:

—Si estuviese aquí mi hermano Assibassiba, él atraparía para mí este saltamontes.

Y entonces los hijos de su padre lo atrapaban para ella.

Por la tarde, al regreso a casa, le dijeron los niños a su padre:

—Papá, nos hemos encontrado hoy con una niña en la selva. Y cada vez que algún saltamontes saltaba de la hierba enfrente de ella, ella exclamaba que su hermano Assibassiba se lo atraparía si estuviese allí con ella.

Al día siguiente montó Assibassiba sobre la vaca y marchó a la selva para buscar a la niña. Al mismo tiempo, ordenó a sus hijos que también la buscaran y que regresaran a la casa con ella por la tarde.

Aquel día los niños atraparon otra vez para ella saltamontes. Por la tarde, cuando se hizo la hora de regresar a casa, le dijeron:

—Muchacha, ven con nosotros: iremos a nuestra casa.

—Yo no puedo ir a vuestra casa. ¿No veis que un ave arrojó unos huevos sobre mi cabeza?

Pero al final lograron convencerla, y la muchacha regresó con ellos.

Cuando llegaron al pueblo, justo antes de que entrasen en el patio mataron una vaca en su honor. Justo antes de pisar el patio degollaron una oveja, y justo antes de entrar bajo techado, sacrificaron una cabra.

Fue recibida en aquel ambiente de fiesta. Y se quedó con ellos durante largo tiempo. Comió de todos los tipos de carne, y fue bañada con la salsa de la misma, de modo que al cabo de algún tiempo la niña estaba más gordita.

Un día, su hermano mayor le entregó una gran cantidad de carne y le dijo:

—Hermana, ve a casa y pide a tu madrastra, que era la que solía darme la comida, que venga a verme.

En cuanto llegó a su casa, se lo explicó todo a su madrastra, que era la segunda esposa de su padre.

Ella dispuso todo para el viaje y, cuando llegó al pueblo, justo antes de que entrase en el patio, mataron una vaca en su honor. Justo antes de pisar el patio degollaron una oveja, y justo antes de entrar bajo techado, sacrificaron una cabra.

Fue recibida con los mismos honores que la muchacha. Devoró mucha carne, se bañó en la salsa de la carne y, del mismo modo que la niña, al cabo de unos días estaba algo más gorda.

Assibassiba le entregó mucha carne, y ella regresó también a su casa. Cuando vio la madre de Assibassiba que su hijo había tratado muy bien a su madrastra, estalló en furia:

—¡Pero bueno! En lugar de honrarme a mí, el hijo al que yo misma di a luz prefiere agasajar a una cualquiera!

Marchó a la casa de su hijo. Justo antes de entrar en la casa le degollaron un asno<sup>10</sup>. Justo antes de pisar el patio, sacrificaron una oveja delgadísima. Después, el hijo dio la orden a los esclavos de que le afeitaran la cabeza. Así lo hicieron.

Fue alimentada con carne de asno y bañada con su salsa. Finalmente, cuando estaba ya próximo su regreso, le ofrecieron carne del mismo animal. Le ordenó su hijo lo siguiente:

—A tu regreso a tu casa, cuando llegues al lugar donde termina un sendero, quédate allí y, sin volver la mirada atrás, di, señalando con tu mano en dirección a mi casa: “¿No es aquella casa la que pertenece a Assibassiba?”.

Todo se desarrolló de acuerdo con el plan que había trazado el hijo, y tan pronto como su madre señaló con el dedo hacia la casa del joven, al tiempo que pronunciaba las palabras que le habían sido indicadas, se quedó sin movimiento.

Al cabo de un rato apareció Ogobogobo<sup>11</sup> y, al ver a la mujer inmóvil, pensó que era Kezawili<sup>12</sup>, la tímida, que se había quedado inmóvil en el momento de verle a él. Así que le dijo:

---

<sup>10</sup> El asno es uno de los animales que, según las prescripciones alimenticias de los guidar, no son aptos para comer. El que a la madre malvada le den de comer su carne era un signo muy notorio de desprecio y reprobación.

<sup>11</sup> Ogobogobo, personaje masculino que asoma en bastantes cuentos de los guidar. Su naturaleza, al menos en parte, tiene relación con lo salvaje. Aunque en

—¡Ey, Kezawili! ¡Anda y vámonos a casa!

Al cerciorarse de que no se movía, él se descargó el hatillo que llevaba sobre su cabeza y se lo llevó para su casa. Pero como ella seguía sin moverse, regresó sobre sus pasos, la llevó hasta su casa, la sentó y añadió:

—Oye, mujer, deshaz tu paquete, y así podremos ver su contenido.

Pero ella seguía inmóvil. Él desató el paquete, y advirtió que contenía carne. Se dirigió a ella otra vez:

—Oye, Kezawili, cocina esta carne ahora mismo, para que la podamos comer.

Ella se mantenía absolutamente quieta e inmóvil. De modo que él cocinó la carne, y le dio una cierta cantidad de ella para que se la comiera. Dijo:

—Ahora que yo he cocinado, come, Kezawili.

En aquel momento empezó a caer una intensa lluvia. El momento era propicio para cazar termitas<sup>13</sup>. Marchó a la selva, preparó su termitero y el de la mujer, regresó adonde estaba ella y le pidió que fueran juntos a cazar las termitas. La llevó hasta allí y, cuando estuvo cerca el termitero de ella, le habló de este modo:

—Mujer tímida, es la hora de matar a las termitas.

Él marchó a su termitero, mató gran cantidad de termitas, volvió adonde estaba ella y se dio cuenta de que todas las termitas de aquel termitero se habían escapado. La llevó a casa y le dijo:

—Mira, como no vamos a dejar de probar esto, vas a asar una cantidad de estas termitas y nos las vamos a comer.

---

este relato parezca identificarse con la astucia, por lo general se trata de un personaje tonto, al que todos engañan.

<sup>12</sup> Kezawili, personaje femenino, cuyo nombre está compuesto por la raíz *Keza*, es decir, primogénita por orden de nacimiento, y *Wili*, que significa timidez. En otros cuentos el personaje recibe el nombre de Kezawiliwili, es decir, de Keza la tímida tímida.

<sup>13</sup> En las tierras del norte de Camerún en las que viven los guidar y otros pueblos, una época muy propicia para la captura de las termitas es la estación de lluvias que va de mayo a junio, porque las lluvias expulsan de sus agujeros a las termitas.

La mujer no se movió nada de nada, por lo que Ogobogobo asó los insectos, los comió e invitó a la mujer a que los comiese también. Pero la mujer no hizo el más mínimo movimiento.

Cuando amaneció, el hombre hirvió otra cantidad de termitas, y las tendió sobre una gran roca con el fin de secarlas. Llevó hasta allí a la mujer y la puso cerca. Le dio una especie de bambú para que alejase los cuervos que pudieran acercarse a picotear las termitas.

Entonces él se fue a labrar el campo.

Al cabo de un rato, los cuervos estaban abatiéndose ya sobre las termitas. Cuando lo notó la otra esposa de Ogobogobo, echó a correr, tomó las termitas de la mujer tímida, y las sumó a las suyas.

Cuando Ogobogobo volvió la mirada hacia allí, vio que había una gran bandada de cuervos sobre sus termitas. Dio marcha atrás y, cuando llegó adonde habían estado sus termitas, descubrió que no quedaba ya ninguna.

Tomó un *jigin*<sup>14</sup> y dio un gran golpe contra la barriga de la mujer tímida, de la que salieron muchas serpientes.

Y la historia se acabó.

### 3. EL MONSTRUO RAPTOR Y LA MUCHACHA INGENIOSA

Érase una vez una mujer que fue a por agua al río. Cuando llegó, se dio cuenta de que el agua del río se había secado. De repente se le apareció un monstruo y le preguntó:

—Mujer, si te diera yo el agua, dime qué es lo que me darías tú a cambio.

—A mí misma.

—¿Y qué es lo que iba yo hacer con una vieja como tú?

—Pues te puedo dar a mi hija virgen.

—En ese caso, de acuerdo.

Entonces aquel ser le dijo a la mujer que arrancara una hierba, y salió agua para beber. Le dijo que arrancara otra hierba, y salió agua para bañarse.

---

<sup>14</sup> *Jigin*, azadón.

Se bañó la mujer, se vistió y regresó a casa. Cuando llegó, le dijo a su hija:

—Hija, reúne a tus compañeros, y marchad al río a por agua, porque ya vuelve a correr por allí.

La muchacha reunió a sus compañeras, marcharon al río y descubrieron que, efectivamente, había agua. Se quitaron sus vestidos y se echaron al agua para bañarse.

Cuando ellas estuvieron en el agua, salió la criatura que había hecho el pacto con la madre y se llevó todos los vestidos. De repente, una de las muchachas vio a aquella criatura enorme que se apoderaba de sus vestidos, y se lo dijo a sus compañeras, las cuales no quisieron creerla. Insistió una vez más, pero ellas se persistieron en su incredulidad.

Entonces otra mujer, la mejor amiga de Amari, contempló a la criatura y les informó de lo que hacía. Amari, entonces, hubo de rendirse a la evidencia, y todas se apercibieron de lo que pasaba. Cada una de ellas se puso a decir:

—Mi señor, devuélveme mi vestido.

—¿Tú cómo te llamas?

—Yo me llamo tal, o cual.

Y la criatura le iba devolviendo su vestido. Hasta que llegó el turno de Amari.

—Y tú, ¿cuál es tu nombre?

—Amari.

Al oír aquello, la criatura se echó encima de ella y se la llevó consigo a las profundidades de las aguas en que habitaba. Entonces le explicó a Amari:

—Amari, si te he traído aquí hasta mi casa es para que me cocines y para que te quedes conmigo. Tú espérame aquí sin moverte. Yo voy a cazar algo de carne. Cuando veas que regreso, sal a recibirme.

Salió, y al cabo de un rato regresó con la carne de un animal salvaje. A medida que se iba acercando a la casa, iba cantando:

Amari, vrén ézét guéméni.

Amari, vrén ézét guéméni.

Guéméni na Tiz'na vassa?  
Guéméni na Tiz<sup>15</sup>'na vassa?

Amari, vas a comer carne a tus anchas.  
Amari, vas a comer carne a tus anchas.  
¿Es ese el coraje de TIZI?<sup>16</sup>  
¿Es ese el coraje de TIZI?

La mujer contestó:

Tizi Magama, Tizi Magama noula gin avoko gerawa.  
Tizi Magama, Tizi Magama noula gin avoko gerawa.

Tizi Magama, Tizi Magama, amor mío, espera primero que lo<sup>17</sup> vea yo entre tus manos.

Tizi Magama, Tizi Magama, amor mío, espera primero que lo vea yo entre tus manos.

Salió la mujer para coger al animal y para llevarlo a la casa.

Al día siguiente se fue de nuevo a caza el esposo. Entonces llegó de visita el hermano de la mujer. Y, cuando regresó el esposo, tuvo la sospecha de que había un forastero en su habitación, y le dijo a su esposa:

—Amari, siento la presencia de un forastero. Siento la presencia de un forastero en esta casa.

—Te equivocas, hombre, no hay ningún forastero aquí —contestó ella—. Si hubiera algún forastero por aquí, ¿no te parece que ya me hubiera yo escapado con él? —añadió.

—No dices la verdad. Yo siento la presencia de tu hermano, la presencia de tu madrastra, la presencia de tu hermano, la presencia de tu madrastra.

---

<sup>15</sup> Tiz, hijo varón primogénito. Para respetar el ritmo de la canción, apocopamos Tiz', que en realidad debiera ser Tizi.

<sup>16</sup> Es interrogación retórica. El esposo alude a sí mismo, ya que se extraña de la habilidad que le ha llevado a cazar el animal que lleva en la mano.

<sup>17</sup> La mujer desea asegurarse de que el esposo trae efectivamente consigo un animal abatido, antes de salir a recibirlo. Porque entre los guidar, la habilidad para cazar, por lo general en la estación seca (entre septiembre y abril), se considera una prueba de valentía y de virilidad. La mujer cuyo esposo vuelve de la caza con un animal abatido se convierte en objeto de la envidia de las demás mujeres del pueblo.

Al día siguiente marchó de nuevo a cazar a la selva. En su ausencia llegó su cuñado y se llevó a la mujer. A su regreso no la encontró, y se puso a llamarla por todas partes, pero sin obtener ninguna respuesta.

Entró en la habitación y olfateó la presencia de forasteros. Salió de allí y echó a caminar tras el rastro de aquel olor, hasta que llegó a la casa de la madre de Amari.

Una vez allí, se presentó ante ella y le preguntó:

—Dime, ¿no ha venido Amari por aquí?

—No, hombre —contestó la mujer—. Si quieres, entra en la habitación y búscala.

Entró el hombre y buscó por todas partes, sin hallarla.

La madre le sugirió entonces que acaso estaría en la casa de su hermano.

En el entretanto, la mujer había suplicado a todos sus hermanos que mataran a aquella criatura, y que después fueran a arrojar su cuerpo al fuego de una vieja que estaba siempre encendido en un lugar de la selva en el que no crecían hierbas ni árboles.

Eso es lo que hicieron los hermanos.

Y, cuando el fuego consumió el cuerpo, su mujer fue a recoger las cenizas con un recipiente. Derramó agua sobre ellas y, cuando se mezclaron ambas sustancias, bebió de ellas.

Es decir, que el esposo acabó muerto y que ella bebió de sus cenizas.

En definitiva, se apoderó ella de su esposo<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> Este acto es una señal de venganza final de la mujer contra la criatura monstruosa que, en complicidad con su propia madre, había sido responsable de su rapto.



Noche del 5 de febrero de 2009 en Lam, uno de los pueblos guida de Camerún. Patrick Toumba Haman, con su grabadora en la mano, entrevista en un patio a Zourmba Délégué, el narrador de los cuentos, en presencia de su auditorio de adultos y de niños.



7 de febrero de 2009.

Zourmba Délégué, el narrador de nuestros cuentos